

MARÍA ÁNGELES SIEMENS

Entrevista con la Alta Comisionada de la ONU para los Derechos Humanos, Mary Robinson*

M^a Ángeles
Siemens es
directora de la
Asociación España
con ACNUR

Mary Robinson, Alta Comisionada de Naciones Unidas para los Derechos Humanos desde 1997 y máxima responsable de las actividades de la ONU en este campo, fue durante siete años presidenta de Irlanda. Si entonces promovió la modernización de su país e impulsó los acuerdos de paz con Irlanda del Norte, hoy su misión consiste en agilizar los mecanismos de promoción de los derechos humanos a través de todo el sistema de Naciones Unidas, lo que equivale a promover un mundo más justo para todos, una tarea ingente cuyas principales líneas de actuación se esbozan en esta entrevista.

Pregunta.- En unas declaraciones recientes ha subrayado su preocupación por la desigualdad de la mujer. Conoce la situación de violencia doméstica en nuestro país, y también nos enfrentamos a un fenómeno creciente de tráfico de mujeres y niñas para la prostitución. ¿Ha podido hablar de estos temas con las autoridades españolas?

* Esta entrevista fue realizada el pasado mes de enero, cuando viajó a España para recoger el premio Joaquín Garrigues Walker que otorga la Fundación Salvador de Madariaga.

Respuesta.- Ante todo, agradezco la oportunidad de realizar una visita a su país. Simbolizo la preocupación por los derechos humanos y es mi responsabilidad actuar como líder en relación con esta cuestión. He tenido la posibilidad de discutir con el (entonces) ministro de Asuntos Exteriores, Abel Matutes, el tema de la violencia doméstica aquí en España, así como el problema de las mujeres que vienen a ejercer la prostitución a través de redes que se dedican al tráfico de seres humanos. También subrayé mi preocupación por fortalecer los valores universales contenidos en los derechos humanos, por la situación en que se encuentran quienes vienen como inmigrantes y por los posibles brotes de racismo o xenofobia. Esto es lo que hago cuando visito un país: expresar este tipo de preocupaciones.

Por otra parte, nuestra organización está comprometida en proyectos cuyo objetivo es dar mayor relevancia al tema del tráfico de mujeres, y tenemos programas en algunas de nuestras delegaciones, como en Bosnia o en Camboya. Estamos analizando, junto con otras organizaciones, cómo hacer que una serie de países reconozca la seriedad del problema. El tráfico de mujeres es desgraciadamente un fenómeno cada vez más preocupante, un triste efecto secundario de la globalización y también del empeoramiento de la situación económica: cuando la economía de los países se deteriora, las mujeres son el grupo más vulnerable y pueden acabar fácilmente cayendo en este tipo de situaciones, en manos de traficantes.

Hemos abordado también la violencia contra las mujeres, la necesidad de promover una mejor educación en valores y consolidar la perspectiva de género en los derechos humanos. Vamos a utilizar el Quinto Aniversario de la Conferencia de la Mujer de Naciones Unidas de Beijing, cuya sesión especial se celebrará el próximo mes de junio, para trabajar con el fin de fortalecer y dar un nuevo empuje a estos temas que tuvieron su gran *momentum* en Beijing hace cinco años.

P.- Ha mencionado varias veces el tema de la educación. ¿Tiene un lugar prioritario en sus planes de actuación?

R.- Totalmente. He trabajado muy estrechamente con la Organización de las Naciones Unidas para la Educación, la Ciencia y la Cultura (UNESCO) y también con Federico Mayor, cuando era director general de este organismo. Soy coordinadora de la Década para la Educación en Derechos Humanos. Estamos a mitad de camino en esa década y creo que es vital reafirmar la importancia de la educación en derechos humanos. Nuestra manera de conseguirlo en la práctica es utilizar nuestras redes regionales y subregionales con el fin de incluir y reforzar, dar mayor énfasis, a los derechos humanos en los planes nacionales de educación.

P.- De toda su experiencia anterior, como jurista, parlamentaria y presidenta de un país, ¿qué cree que le ha sido más útil a la hora de enfrentarse a su tarea de líder de los derechos humanos desde una perspectiva universal, o global?

R.- Quizá lo más importante es tener un sentido innato de la justicia, un deseo muy fuerte de combatir las desigualdades, las injusticias, las condiciones inaceptables de muchísimas víctimas a las que se ha arrebatado su espacio, su capacidad, la independencia para dejar que se oiga su voz. Mi tarea es ayudarles a encontrar esa voz. Preferiría conferirles el poder para que hablen por sí mismos, pero de momento hablar por ellos es necesario. En mi caso creo que es una pasión que viene de dentro; esto es lo más importante... Se pueden adquirir conocimientos para ser un abogado o un político, pero aquí, lo que vale es lo que viene del corazón. ¿Hasta qué punto te importa y te implicas? Ésa es la cuestión. Creo que es esto lo que me hace ser obstinada y firme, porque guiada por esa pasión me puedo permitir ser muy firme, actuar con mucha determinación. La respuesta a su pregunta es que los conocimientos y la experiencia previa no bastan. Se necesita algo más.

P.- Suponga que en el plazo de su mandato como Alta Comisionada para los Derechos Humanos descubre que no puede hacer todo lo que cree necesario y que tiene que priorizar. ¿Por cuál, entre todos sus objetivos, se decantaría?

R.- Ha mencionado antes la educación. Yo creo que la educación es vital para la construcción de una cultura de los derechos humanos. Por otro lado, también quiero trabajar en el campo de la prevención de conflictos. Lo uno lleva a lo otro, pero si tuviese que decir cuáles son los dos desafíos del momento, el primero sería usar todos los medios posibles —incluidas muchas de las nuevas tecnologías de la información, como Internet— para consolidar una cultura de los derechos humanos y construir nuevas alianzas en este campo. En segundo lugar, prevenir estos terribles conflictos. Miro hacia atrás, a enero del año pasado; entonces no sabía que tendría que ir a Kosovo, o a Sierra Leona, o a la región de Timor Oriental. Estas fueron crisis que surgieron el año pasado de una forma virulenta, pero de alguna manera estas tragedias eran predecibles. Si las analizas, sabes que eran posibles. Y ahora, en este enero del año 2000 hay en el mundo epicentros de nuevas áreas problemáticas; creo que deberíamos concentrarnos, en gran parte, en la prevención de esos futuros conflictos.

P.- Los Gobiernos no invierten en prevención, alegando normalmente que no hay recursos suficientes. Prefieren que las crisis estallen y actuar de “bomberos”, lo que, desde luego, da mayor visibilidad a la hora de justificar gastos. Por otro lado, es cierto que muchas crisis en 1999 fueron tragedias anunciadas y no se hizo nada para prevenirlas. ¿Piensa que esto va a cambiar?

R.- Creo que tenemos que difundir el mensaje del gran desperdicio que supone la falta de prevención. Tomemos como ejemplo la situación de Kosovo: en primer lugar, el sufrimiento humano, el desplazamiento de cientos de miles de personas. Yo he visitado los campos de refugiados en Macedonia, Albania y Montene-

*La educación
es vital
para la
construcción
de una
cultura de los
derechos
humanos*

gro, y he visto la separación de familias, que aún siguen preocupadas por los desaparecidos y que ni siquiera saben si están vivos, presos o muertos. A esto hay que unir el coste de los bombardeos de la OTAN y ahora el coste de la reconstrucción...

Debemos fomentar el sentido de que hay que emplear los recursos adecuadamente. Espero que podamos transmitir el mensaje de que es mucho más eficaz invertir en prevención. Estoy de acuerdo en que hay un elemento que ha cobrado importancia, y que es hacer visible la respuesta de un país a una determinada crisis, en función de esa visibilidad que proporcionan los medios de comunicación. Si se previene la crisis no hay historia, afortunadamente, porque la historia es el sufrimiento. Esto hay que solucionarlo. De alguna manera tenemos que sobreponernos a esta orientación mediática, quizá fomentando una orientación de "prioridades nacionales" que ponga el énfasis en el valor y la dignidad de la persona humana, en la importancia de crear un mundo mejor y más justo.

Me gusta utilizar como analogía el ejemplo de la vida en una ciudad. Yo crecí en una pequeña ciudad al oeste de Irlanda. Éramos un vecindario y no había grandes disparidades entre los vecinos; allí todos nos preocupábamos los unos por otros y nos tendíamos la mano. Si esto es posible, ¿cómo podemos decir que nuestro mundo es una aldea global, mientras persistan tantas divisiones y cada vez mayor disparidad entre los pueblos? Acontecimientos como los ocurridos no hace tanto en Seattle son un llamamiento para despertar nuestras conciencias, y espero sinceramente que estemos escuchando. Seattle no fue impredecible y quizás haya sido necesario, para que reconozcamos lo injusto que es el actual sistema y respondamos en consecuencia.

P.- ¿Ve en la globalización sólo aspectos negativos o existe también algo positivo que podríamos aprovechar?

R.- Por supuesto, hay aspectos positivos y un potencial enorme. Por ejemplo, hemos globalizado los derechos humanos. Tenemos la Declaración Universal, cuyo cincuentenario se celebró en 1998. Durante los últimos cincuenta años hemos desarrollado una gran infraestructura de normas internacionales y hablamos constantemente de la universalidad de estos derechos. Ése es el tipo de globalización que reconozco y agradezco.

Pero también es cierto, cuando nos fijamos en ciertas regiones o subregiones, que hay situaciones extremadamente difíciles que son consecuencia de la propia globalización: una falta total de acceso a la educación, situaciones de pobreza extrema o absoluta. Esto es, en sí mismo, una terrible negación de los derechos humanos, el no-reconocimiento de los derechos económicos, sociales y culturales. ¿Cómo se puede esperar una evolución democrática, un fortalecimiento de los derechos civiles y políticos en un país, cuando los niños se levantan hambrientos por la mañana, se van a la cama hambrientos y no reciben una educación adecuada, especialmente las niñas? Creo que dentro de unos años seremos acusados de no haber reaccionado ante la globalización tal y como se manifiesta ahora, agran-

dando las diferencias entre nosotros. ¿Por qué no estamos haciendo algo al respecto? Es un gran desafío trabajar para reducir las diferencias y, mientras no lo hagamos, sin duda los conflictos aumentarán. Opino sinceramente que podemos hacerlo, porque cada vez hay un mayor potencial para trabajar en conjunto y crear alianzas, con el fin de denunciar esta desigualdad que es francamente deshonrosa para todos.

P.- Hay quien opina que la construcción de los derechos humanos es eurocéntrica, y que, por tanto, se trata de una noción ajena a otras civilizaciones y culturas. ¿Cree que en algún momento se podrá llegar a un consenso intercultural sobre este tema?

R.- Podemos desechar con facilidad la idea de que los derechos humanos son una noción occidental. Esto ya estaba en la mente de quienes redactaron la Declaración Universal, y tuvieron en cuenta las diferentes perspectivas culturales para formular los derechos. La universalidad de los principios que conforman la Declaración se ha visto proclamada y reafirmada a lo largo del tiempo, y no veo que ahora esta tendencia esté en peligro. Lo que sí veo es la necesidad de una forma diferente de darles contenido, cuando no ponemos suficiente énfasis en los derechos económicos, sociales y culturales, cuando no nos damos cuenta de que la pobreza extrema es una terrible negación de los derechos humanos, por lo que supone de división entre el Norte y el Sur. Por ello creo que es muy importante intentar que desaparezcan esas diferencias que nos separan.

De alguna forma me sirvo de mi nacionalidad irlandesa, porque Irlanda era un país muy pobre, era una colonia, sufrió tremendas hambrunas, luchó por la libertad y la independencia, sacó a flote su economía... y ahora Irlanda, al igual que España, lo está haciendo muy bien en el contexto de la Unión Europea y se ha beneficiado de ese contexto. Pero soy plenamente consciente de que, en muchos países, persiste el problema de las diferencias, del acceso a los medios de desarrollo y en particular a los derechos económicos, sociales y culturales. La pobreza extrema niega también los derechos civiles y políticos, simplemente porque la realidad no permite que se construyan estructuras ni instituciones para protegerlos.

P.- ¿Qué papel puede llevar a cabo la sociedad civil para ayudar en esta inmensa tarea de promover los derechos humanos, la labor de su organización?

R.- Doy una gran importancia a lo que la sociedad civil puede hacer en la protección y promoción de los derechos humanos. Hoy puede hacer más que nunca. Comenzamos el nuevo siglo con una aceptación generalizada de la Declaración Universal y de las normas internacionales. Empezamos con maravillosas oportunidades de comunicarnos, de establecer alianzas y canalizar energías. Desde mi punto de vista es inaceptable que los países ricos reduzcan la ayuda y el apoyo a los países pobres, y digo inaceptable porque se está agravando la división y

empeorando la situación de pobreza que conduce a la negación de los derechos humanos. Por lo tanto, es fundamental que continuemos desarrollando las alianzas, de forma que funcionen de forma similar a lo que ocurrió en Seattle, donde un gran número de grupos, nada homogéneos, pudieron hablar con una sola voz porque todos compartían el mismo sentimiento de injusticia. Y creo que vamos a ver, cada vez con más frecuencia, que las corporaciones y los Gobiernos van a tomar en cuenta estos movimientos, y cuidar sus propias actuaciones para que éstas tengan un impacto positivo en las comunidades indígenas, en el desarrollo, en la erradicación del trabajo infantil... Vamos a ser testigos de una mayor responsabilidad de los Gobiernos y de las instituciones internacionales —como el Banco Mundial, el Fondo Monetario Internacional y la Organización Mundial del Comercio— en estos asuntos. Creo que para ello la resistencia de la sociedad civil es importantísima.

P.- El establecimiento del Tribunal Penal Internacional, cuando consiga las ratificaciones necesarias, será un gran apoyo a su trabajo. ¿Qué opina de la lentitud con la que se está desarrollando este proceso?

R.- Estoy muy comprometida con el establecimiento del Tribunal Penal Internacional. Estuve en Roma durante las discusiones y considero un gran avance la adopción de su Estatuto. Ahora son necesarias sesenta ratificaciones y la de cada país es importante. Me alegro de que España esté dando los pasos necesarios para su ratificación, que yo apoyo totalmente.

La creación de este Tribunal tendrá un impacto muy significativo para asegurar que se tengan en cuenta las violaciones de derechos humanos y que éstas no queden impunes. Quizá lleve su tiempo, pero se pondrá en funcionamiento una jurisdicción y, cuando se produzcan violaciones flagrantes, se podrá llevar a los culpables a juicio. Ya estamos viendo cómo evoluciona el trabajo de los dos tribunales internacionales que se ocupan de las cuestiones de la ex Yugoslavia y de Ruanda. Ha llevado su tiempo, el proceso es bastante lento, pero está teniendo impacto, y el papel de los tribunales y los jueces nacionales también es importante, como está quedando claro actualmente con el caso Pinochet.

P.- ¿Qué pediría a la comunidad internacional si pudiera pedir una sola cosa?

R.- ¿Tan sólo una?... No es fácil para mí pedir una sola cosa. Mi oficina es la más joven de la ONU y todavía estamos en pleno desarrollo, como si de un niño pequeño se tratase. Aún tenemos mucho que aprender sobre cómo aumentar nuestra capacidad. Estoy muy interesada en expandir nuestras posibilidades en el campo de la investigación, tener buenos proyectos y poder realizarlos. Sin embargo somos una instancia superior y por ello tenemos la ventaja de disponer de recursos de otros departamentos. Así que, si me pregunta por una sola cosa, le diré que recursos, más recursos.